

### LA EDUCACION JESUITICA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, julio de 1912.

Al hablaros de la reciente novela de Pérez de Ayala «La pata de la raposa» os decía que si un jesuita inteligente—y los hay muchísimos menos que se cree—leyese aquello de que educan ellos de tal modo que le hacen un tormento la vida al que deja de creer, se sonreiría melistofélicamente, considerando que ése es precisamente el triunfo de su sistema.

Acaso no faltase lector de mis artículos que al leer lo de que hay muchos menos jesuitas inteligentes que lo que se cree torciera el gesto, porque es ya un lugar común entre ciertas personas lo de la inteligencia jesuitica. Creo, sin embargo, que no hay institución alguna humana que haya vivido más de leyenda que la Compañía de Jesús, y de una leyenda que le han otorgado sus adversarios así como ellos, los jesuitas, han forjado a su vez lo más de la leyenda masónica.

«De riqueza y santidad la mitad de la mitad» suele decirse, y un agudo y malicioso ex jesuita, don Miguel Mir, en aquel librito que bajo anónimo escribí sobre la Compañía, emplea una fórmula parecida al hablar de la ciencia jesuitica. Desde luego mantendría yo lo de riqueza, pues lo de las fabulosas de la Compañía de Jesús me parece otra de las leyendas que sus adversarios forjan y ellos usufructúan. Cuando yo era niño se decía que los cafés suizos, desparramados por toda España, eran de los jesuitas y hoy no es raro oír que es de ellos la Compañía Transatlántica. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

Otra de las leyendas es la de que no se admite en la Compañía si no al que tenga talento para algo. Y a esto no hay sino recordar aquel graciosísimo cuento que en uno de sus amenos libros nos narra el inimitable narrador peruano don Ricardo Palma y es de cuando preguntando un visitante de un colegio de jesuitas al rector del mismo de qué servía un cierto novicio que le pareció bastante bruto, el P. rector le contestó que era, en efecto, el tal novicio torpísimo, pero que ellos no es que no admitieran al que no tuviese talento alguno, sino al que no sirviese para algo. Y al preguntarle el visitante para qué podía servir aquel mastuerzo, contestó el superior: «¡Oh, en cuanto a ese sujeto, le destinamos a mártir del Japón!» Y hay, en efecto, no pocos jesuitas que apenas si sirven para otra cosa que para mártires, no ya en el Japón, que se ha civilizado, sino en cualquier tierra de antropófagos.

Lo que hay es que suelen distinguirse en general de los individuos de otras órdenes religiosas en una mejor educación de modales y formas sociales, de urbanidad, pero esto se debe a que proceden, en su mayoría, de familias de clase media o alta, a que hay menos rurales, menos hijos de al-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USAL ES



deamos entre ellos. Los más son de pequeñas villas o de ciudades. Y no es en general—claro que con excepciones—del jesuita de quien se puede decir lo de: le huele el alma a santo, el cuerpo a puerco. Mas hasta esto va cambiando entre ellos. Y en todo caso, de ello a la inteligencia va mucho.

Lo que sin duda les distingue y se ha hecho proverbial es su escasez de sentido estético, su mal gusto en artes y literatura. Lo que proviene de que nunca han reconocido al arte un valor substantivo, de que no es el arte para ellos mas que un añadido, un adorno, o más bien un señuelo para atraer almas a otro fin: al gran negocio de nuestra salvación. Nadie está más lejos que el jesuita de aquello del arte por el arte, o más bien la belleza por la belleza. La belleza es para ellos algo adjetivo. De donde derivan las deficiencias todas de su educación estética y no pocos vicios, los principales, de su sistema todo de educar.

Al hablaros de aquel Alberto, el protagonista de «La pata de la raposa», a quien los jesuitas educaron inculcándole el miedo a la muerte y el sentimiento del propio ridículo, os dije que acaso le inculcaron algo peor y fué una cierta sensualidad, o por lo menos no supieron defenderle de la que nació con él. Y en la otra novela de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.» hay terribles revelaciones a este respecto. Y si no supieron defenderle de la sensualidad es precisamente porque no supieron darle educación estética, artística, ya que nadie da lo que no tiene.

En la sala de recibo de un gran colegio jesuítico había un álbum con reproducciones fotográficas de las estatuas antiguas al desnudo que hay en el museo del Vaticano y un hermanuco de los que allí servían se entretuvo en vestir a las diosas desnudas con una especie de traje de baño en algo así como flanela amarilla. Y en el cuello y puños en vez de terminar el traje en líneas rectas acababa en una especie de piquitos, lo que demuestra que el piadoso hermano hizo de sastre de aquellas señoras con una especie de delectación morosa. He aquí un suceso tan sugestivo como aquel otro de un noviciado, también de jesuitas, donde se representaba en un cuadro a San Miguel venciendo al Demonio, y éste tenía en una mano un... microscopio!

La mejor defensa contra la sensualidad, aparte de hondas inquietudes y de una sana vida higiénica al aire libre, es, sin duda, una sólida educación estética, en que se tome la belleza por la belleza misma. Don Juan Tenorio, discípulo acaso también de jesuitas, no tenía verdadera afición a ninguna de las artes, me consta. Y los jesuitas, al hacer del arte algo adjetivo y añadido, un ornato, o mejor un señuelo, lejos de combatir la sensualidad, la fomentan. ¿Hay acaso nada más sensual, más blando y muellemente sensual que ese culto al Corazón de Jesús por ellos instituido y al que se debe ese horror de imágenes con que han infestado nuestras iglesias? Compárese esa figura...—que no quiero describir por reverencia a Cristo







Nuestro Señor—con nuestros viejos Cristos españoles sanguinolentos y exangües, y sobre todo con aquel estupendo de Velázquez. Y compárese las barrocas visiones de la Beata Margarita María de Alcocque con las de Santa Teresa. Y a ésta, a nuestra santa, nunca tuvieron gran afición los jesuitas. ¿Por qué?

Habría que preguntar también porqué los jesuitas—aparte, claro está, excepciones individuales—nunca mostraron entusiasmo alguno por el «Quijote». Y uno que fué de ellos, que fué jesuita, nos ha contado de cierta fiesta en que los novicios al encender hoguera, como el día de San Juan, lo hicieron quemando un ejemplar del «Quijote», sobre cuyas llamas saltaban.

Y acaso no deje de tener esto relación con aquello del sentimiento del propio ridículo, de la inutilidad final de todo esfuerzo, de que Alberto nos dijo. Porque si algo representa y vale el «Quijote» en el mundo es la rehabilitación moral y hasta rescusa del ridículo, es la sublimación de lo cómico. El noble Caballero de la Triste Figura, padeció la pasión del ridículo y la padeció heroicamente, dió que reír y dando que reír y siendo al parecer vencido es como venció para siempre. Y si algo nos enseña es a afrontar el ridículo.

A un íntimo amigo mío de la infancia que se educó algunos años con los jesuitas le he oído quejarse de que nada le hería más que las pullas del P. Fulano o las bromas, no siempre discretas ni delicadas, del P. Zutano. Y de hecho no creo que haya en pedagogía procedimiento más desastroso y contraproducente a su propósito que el de la burla, como no sea el de excitar la emulación y los celos de los educandos a que también son muy propensos los jesuitas con todo aquello de dividir la clase en cartagineses y romanos y rombrar emperadores de uno y otro bando. Y es así cómo se les hace por la burla recelosos y suspicaces, y por esa mal entendida emulación, envidiosos. Y es muy difícil que no salga inficionado de esta horrenda peste de la envidia, quien se educó en el seno de una comunidad religiosa, que es donde ella pone sus reales.

Abundan los jesuitas que se las echan de chistosos y llevan su chistosidad hasta el púlpito. ¡Vé qué estragos produce esa manía! De todos los géneros de chiste los peores son los que huelen a eructo de refectorio. Porque suelen ser además de groseros, mal intencionados. Y esta torpeza en el chiste mismo, esta falta de verdadera gracia, de gracejo fino, de ironía delicada, débese a deficiencia de educación estética.

En nadie ha tenido, en cambio, más decididos cultivadores la retórica, el afoite y alifio artificiosos de la palabra. De ellos todos puede decirse lo que F. de Sanctis, en su admirable «Storia della letteratura italiana» dice del P. Segneri y es esto: «no tiene otra seriedad que, literaria: adornar y embellecer el lugar común, con citas, ejemplos, parangones y figuras retóricas, y por lo tanto desabrido, super-







ficial, vulgar y parlero... Lugar común el concepto, lugares comunes los accesorios. No mira eficazmente a convertir, a persuadir al auditorio; no tiene fe ni ardor apostólico ni unción; no ama a los hombres, no trabaja por su salud o su bien. Tiene en el cerebro una doctrina religiosa y moral pegadiza y hereditaria, no adquirida con el sudor de su frente, una erudición sacra y profana; nada se mueve allí, todo está fijado en su puesto. Su actividad anda por fuera, en torno a la conducción del discurso y la distribución de las gradaciones, las sombras, la luz y los colores».

Y esta falsa oratoria, ¿cómo la enseñan? Haciendo que cada uno de los seminaristas encomendados a su dirección se ejerciten en ella en el refectorio, mientras los demás comen. Comen y se ríen. Es, sin duda, la ocasión más adecuada para poner en ridículo al aprendiz de orador sagrado. Tratan con ello, como con sus otros procedimientos, de matar el amor propio, acaso el sentimiento mismo del ridículo, pero no consiguen sino sobreexcitarlo y hacerlo enfermizo. QUITAN así a sus educandos el sentimiento de la propia dignidad, del respeto a sí mismos, y sobre todo la fe en sus propias fuerzas y les incapacitan para una vida libre. No osarán nunca nada por no ponerse en ridículo.

En esos mismos seminarios encomendados a la dirección jesuítica, le hacen de pronto a un joven educando que improvise un sermón sobre tema dado, sin más que una hora de preparación, y esto al acabarse al recreo y como continuación de él. Y es, en efecto, un recreo para los otros que se divierten a costa del pobre torturado.

Y en el fondo, de lo que tratan no es de enseñar ciencia sino a lucrarla o aparentarla. Y esto porque no creen en la substantialidad de la ciencia más que en la del arte. La ciencia para ellos no es sino un instrumento apologetico de la verdad católica, es decir: abogacía. O es un medio de mejorar las condiciones materiales de la vida terrena, es decir: ingeniería. Se dedican a la ciencia, sí, pero para inventar un freno automático en el cielo o para torcerla poniéndola al servicio del dogma. La ciencia pura, el amor a la verdad por ella misma, el ansia de ensanchar nuestro conocimiento del universo y de la vida, esto no lo conocen, a lo menos entre nosotros. Hay que figurarse lo que debió de sufrir el pobre P. Secchi, que tenía temperamento de hombre de ciencia desinteresada y pura. Y eso que se dedicó a ciencias físicas y astronomía y no a psicología, o a historia o a... teología.

Ingeniería o abogacía; no es para ellos otra cosa la ciencia. O un medio de ganarse aquí abajo, en la vida que pasa, la vida, el negocio terrenal, o un medio de servir al gran negocio de nuestra salvación. Y de aquí el escasísimo fruto de los que salen de sus escuelas. Educan abogados en el peor sentido de esta palabra: sofistas. No es en la investigación, es en la polémica en lo que les adiestran, pues para ellos no es el mundo más que un campo de batalla entre los hijos de la luz y







los de las tinieblas, entre el ejército de Jesús, de que ellos, los jesuitas, son el estado mayor, y el ejército de Belial.

De donde esa infecunda manía polemística que distingue a sus secuaces. Manía que les lleva a desfigurar la verdad, no sólo por amor propio, por ese mismo amor propio de que en vano trataron de curarles por el ridículo, por el amor propio de quedar encima del adversario. Recelo, pues, envidia, sofistería, mala fe, todas las peores cualidades del sofista es lo que se consigue con ese género de educación en que ni la ciencia ni el arte tienen substantividad alguna, sino que aquélla es ingeniería o abogacía y éste ornamento y sefueño.

Agréguese que apenas creen en la vocación y suponen que cualquiera sirve para lo que su superior le mande. Hay en su largo noviciado unos años de magisterio y le mandan al novicio, para que se ejercite y adiestre a costa de los discípulos, a explicar en cualquiera de los colegios de que sacan renta cualquier cosa, ahora hebreo—de que acaso no sabe cuatro letras el pobre novicio, teniendo que estudiarlas cuatro o seis horas diarias,—y después, cuando apenas si empezó a conocerlas, geometría analítica o química o historia universal o lo que sea. Y esto a expensas de los alumnos, cuyos padres pagan para que se les enseñe lo mejor posible. Y aun hay más, y es que acaso temen que el pobre novicio aquél se adicione demasiado a una disciplina científica o literaria cualquiera, que le tome harto apego a una ciencia humana.

Y hay aquí uno de ellos que ha pretendido defender este trasiego de profesores diciendo que cuando se explica mucho tiempo una misma cosa se adocena uno en ella. Y como sucederá lo mismo con toda profesión, resulta, según eso, que los hombres deben estar cambiando de ellas cada media docena de años, ahora abogado, de aquí a seis años médico, dentro de doce fontanero, luego agrimensor, después marino, etc. Y ¿por qué ellos no dejan su profesión, la de jesuitas, en la que desde el primer día se adocenan?

Todo lo cual produce el resultado de que no hay institutos de enseñanza en que se enseñe peor que los de los jesuitas. Y eso que tienen que pasar sus alumnos por las pruebas oficiales en los establecimientos del estado, lo que obliga a los dichosos padres a prepararlos para el examen y esto—justo es confesarlo—no lo hacen del todo mal.

Les empapizan las lecciones y luego los muchachos nos las recitan todos igual, todos al mismo tono y bajo el mismo patrón. Hay que aprobarlos y hasta darles nota, pero sale uno de tales exámenes con el ánimo contristado.

Y para final allá va un sucedido. Examinaba yo hace ya unos años, de metafísica a unos alumnos de jesuitas y uno de ellos empezara a decirme: «Dice Spencer que...» siguiendo con algo que no era exacto, hube de atajarle diciéndole: «eh, cuidado, cuidado, que Spencer no dice semejante cosa». Repúsose al punto el mozo





y me replicó: «Bueno, pues dice el P. Mendive, que dice Spencer...» A lo que repliqué: «¡Eso ya es otra cosa!» Y en esto están los más de los alumnos de los jesuitas, en que dice el P. Fulano, que dice Zutano.

¿Y las disensiones doctrinales entre el P. Tal y el P. Cual? aquel inventar ridículas distincioncillas para jugar a la independencia de criterio? «In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnia caritas», en lo necesario unidad, en lo dudoso libertad, y caridad en todo. Y al ensanchar lo necesario cercándolo con un aro de hierro han tenido que multiplicar lo dudoso para jugar a la libertad. ¡Triste juego! ¡Triste juego ese de las discrepancias entre el P. Tal y el P. Cual!

En ese juego no se ennoblecerá el alma pero se exacerban el bajo amor propio y la envidia, esta plaga de las comunidades religiosas. Y lo que apenas se ve es la caridad en todo.

Y basta por hoy que esto sería el cuento de nunca acabar.

Si estas dos novelas de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.», y «La pata de la raposa» provocaran una crítica de la educación jesuítica y de la educación dada por órdenes religiosos en general—ya que todas tienden a jesuitizarse al respecto—una crítica, sin pasión sectaria, sin odio a la religión, serena pero implacable, sin mirar más que al aspecto pedagógico, si estas novelas provocaran tal cosa habrían sido columnas miliares en nuestra producción literaria.

Aparte, claro, su excelencia artística y hasta poética, que quedará siempre por encima de todo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

